



El valor indulgente de la Misa

P. Rafael Iburguren EP – Consiliario de Honor de la FMOEI



Al considerar la Presencia Real en el Eucaristía, razón del culto de adoración en que se empeña la **Federación Mundial de las Obras Eucarísticas de la Iglesia**, naturalmente se asocia al espíritu el acto litúrgico por excelencia, la Santa Misa. Es durante la celebración eucarística que son consagradas las especies del pan y del vino, atendiendo al mandato divino dado la Última Cena: “*Haced esto en memoria mía*” (Lc. 22, 19).

Sabemos lo que es la Misa. Es el mismo sacrificio de la Cruz, con todo su valor infinito; no es figura, símbolo o representación, sino verdadera renovación incruenta de la inmolación del Calvario; por eso, es un sacrificio perfecto y agradable a Dios. En la Misa, Cristo se ofrece al Padre, y a Su divina expiación vienen a unirse nuestros propios sacrificios, realidad que es simbolizada en las gotas de agua que se vierten en el cáliz con el vino que va a ser consagrado. Además, por ocasión de la celebración, se aplican los méritos del Redentor a los presentes, sacerdote y fieles ¡Qué inmensa valía tiene una Misa!

Lástima que tantos católicos se han ido desentendiendo del deber y del privilegio de ir Misa, sea por negligencia culposa, sea por falta de formación religiosa, sea desmotivados o chocados a la vista de irregularidades, y hasta de extravagancias, que se suelen dar en algunas celebraciones.

A estas causas, recientemente se sumó otra que limitó las Misas y, en muchos lugares, las suprimió de forma brutal: la gestión de la actual pandemia.

Ante esta dolorosa realidad, es claro que el diablo y sus secuaces habrán exultado, porque no es otra cosa lo que quiere y por lo que confabula el infierno: que las iglesias se cierren, que los sacerdotes no celebren y que los fieles queden desamparados, como huérfanos, sin pastor y sin sacramentos.

El Covid-19 arremete contra la salud del cuerpo. Pero esta otra toxina de orden espiritual (el descuido de las obligaciones religiosas) ataca al alma con la intención de llevarla a la condenación eterna, obstaculizando el acceso a esa tan necesaria “vacuna” terapéutica: el Pan de Vida. No es otra la triste situación por la que atravesamos sin que se logre, por el momento, neutralizarla. Pidamos a María Santísima la gracia de añorar las Misas y las comuniones por las que tantas veces fuimos negligentes, y que nos las devuelvan cuanto antes con toda la sacralidad y la belleza que les son propias. “*La belleza no es un factor decorativo de la acción litúrgica, más un elemento constitutivo en cuanto atributo de Dios y de su Revelación*” (Sacramentum Caritatis n° 35).

Para alimentar ese deseo consideremos una instrucción sobre el valor de la Santa Misa de San Leonardo de Puerto Mauricio, un franciscano italiano de los siglos XVII y XVIII. Él da quince razones propias a valorar el Sacrificio Eucarístico, aunque la lista podría ser todavía mayor. Sí, porque la Misa tiene un valor enorme, insondable, propiamente infinito; y las repercusiones que derivan de ella en beneficio espiritual y material de los fieles, son colosales.

- 1.- *En la hora de la muerte, las Misas que hayamos oído devotamente serán nuestra mayor consolación.*
- 2.- *En la Misa Dios perdona todos los pecados veniales que estemos determinados a evitar.*
- 3.- *Él también perdona los pecados desconocidos que nunca confesaríamos.*
- 4.- *Gracias a la Misa, el poder de satanás sobre uno es disminuido.*
- 5.- *Cada Misa irá con nosotros al Juicio e nos implorará el perdón.*
- 6.- *Las Misas disminuyen la punición temporal debida a nuestros pecados, según el fervor que hayamos tenido en ellas.*
- 7.- *Participando devotamente de la Misa se da el mayor homenaje posible a la Sagrada Humanidad de Nuestro Señor.*

8.- *A través del Santo Sacrificio, Nuestro Señor Jesucristo repara por muchas de nuestras negligencias y omisiones.*

9.- *Oyendo piadosamente la Santa Misa, se ofrece el mayor alivio a las almas del Purgatorio.*

10.- *Una Santa Misa (¡una sola!) asistida devotamente durante la vida es de mayor beneficio para uno que las muchas que se puedan celebrar en sufragio después de nuestra muerte.*

11.- *A través de la Santa Misa somos preservados de muchos peligros e infortunios que, de otra forma, caerían sobre nosotros.*

12.- *Acortamos nuestro Purgatorio en cada Misa.*

13.- *Durante la Santa Misa nos arrodillamos entre una multitud de Ángeles y de Santos que están presentes en el Adorable Sacrificio con reverencia.*

14.- *Por la Santa Misa somos bendecidos en todos nuestros bienes y emprendimientos temporales.*

15.- *Participando con devoción en la Misa, ofreciéndola a Dios en honra de un Santo o de un Ángel en particular, en agradecimiento por favores dispensados, se consigue para aquel Santo o Ángel un nuevo grado de honra, alegría y felicidad, y, en retribución, ellos dirigen su especial amor y protección hacia nosotros.*

A tantos beneficios habría que sumar los que resultan del hecho de comulgar; la Misa tiene su valor, y la comunión eucarística el suyo propio.

Este elenco no es fruto de elucubraciones de un fraile ingenioso o soñador, trátase de verdades plenamente ajustadas a la enseñanza de la Iglesia. Pena es que no escuchemos cosas como estas con más frecuencia...

En el mes de mayo el calendario litúrgico nos señala la solemnidad de Pentecostés. “*Enviad Tu Espíritu y todo será creado, y renovareis la faz de la tierra*” se reza en las letanías del Espíritu Santo. Hagamos nuestra esa plegaria por mediación de la Virgen María, la fiel esposa del Paráclito.

Mairiporá, mayo de 2021.